

CARLOS LATORRE

DERECHO DE ASILO

A veces sucede en las habitaciones donde esperamos
los días de olvido que alimentan su propio
fuego con la parte del león
en tanto la ansiedad prepara sus maletas con la fiebre
de verlo todo más rojo
y la leña del amor arde en la distancia propagando la
llama de la ilusión.

De pronto,
la casa queda solitaria y devuelve las monedas mal
habidas;
se cierran las ventanas de zozobra devorando la
conciencia de uno mismo
y nace el agua de las correrías en la que partimos
con el miedo de mirar
hacia el miedo de morir.
La distancia es el curso del destino que busca algo
para llevarse a la boca,
el paisaje,
esa larga carretera de piel de mujer vertiginosa,
la meta,
la culpa que espera en el linde del bosque a que la
vida consuma la pasión que impulsa a los seres
en medio de la tormenta
o quizá,
ese alarido del tiempo domesticando a la perra de los
instintos.

Quedan atrás los andenes en medio de la noche donde
muchos esperan la llegada de las mujeres que
ilustran las novelas de aventuras,
queda atrás el país que trueca ese mismo tiempo
por el espacio
con sus calles alumbradas por linternas de ladrones
que revelan la inalcanzable distancia del
horizonte,

morada no para la confianza,
sino para el terror.
Delante, el mecanismo de crear contradicciones
y despojos de amantes que pernoctan a la intemperie
sin ayuda,
sin esperanza,
casi sin soledad.

Nos espera la prueba de fuego,
ese constante desafío que nunca corrige el cielo
de su falsa lejanía,
consumación del viaje que siempre disgrega a la
materia.
Mas si alguien consigue entrar al camarote del que
no se puede volver para trocar el siempre del amor
por el nunca de la muerte,
hará girar todos los grados de la verdad.

ANÁLISIS DE LA NOCHE

Una noche siempre es una buena noche si se comprende
que a su término fatalmente muere todo lo que
supone la noche:
las puertas abiertas de par en par,
el golpe de dados,
la novela pasional
y sobre todo, los juegos precisamente nocturnos
practicados por las jóvenes bestias de la libertad.
Una noche siempre es una mala noche si se piensa
que al finalizar la noche se cierra la boca de la
verdad,
se pisa lo pasado,
y solamente es puro lo que pone en pie de guerra
el canto del gallo que ataca cuanto de oscuro
acecha en la oscuridad.
En realidad,
la noche es siempre la noche como quiere que sea,
es ese fuego negro
de raza negra
cuyo negro tambor convoca a los condenados a gozar
su carne negra
con olor a negra flor

de magia negra
y de negra muerte ineludible
por el negro crimen de amarla hasta
el mismo rojo del peligro.

ARTE POÉTICA

La palabra busca cielo como pájaro que cruza el
atardecer sin dejar canto ni estela,
frágil golondrina fugaz en busca del eterno verano,
que en ocasiones muere sepultada en nieve de invierno
de otro hemisferio.

La palabra se proyecta como alameda que lanza
remota flecha de horizonte,
desdichadamente desmoronada a tiro de piedra.
En ocasiones cae en surco de vida fértil,
a veces hace pie en tierra árida
u hondonada envuelta en bandera de niebla de
pantano pestífero.

Mas lo que se pudre no es su intención reveladora
sino su envoltura de mariposa fatalmente letal a
fuerza de libar venenoso concepto,
explorar hermético laberinto ontológico
o habitar falso reino ideatorio.

La palabra describe paisaje semántico,
pocas veces playa marítima,
vida viva,
follaje azul,
fuente de agua pura
ni otra belleza creada en sol de amanecer,
noche
o tarde de lluvia.

Cuando la palabra habla de amor suele amar sólo
su eco estético,
su canto de Onán obseso o propio ritmo;
más
mucho más que imagen corpórea
o analogía,
más que piel de mujer ya sea adolescente
inocente
o triste ramera.

Sin embargo la palabra es Verbo, acción,
para-vida,
meta-lenguaje,
propia meta que algún día terminará por alcanzar

sabia
y desnuda,
de toda estúpida convención
o servilismo.